

dores de la mayor parte de los puntos en que se celebraban los ejercicios de los sacerdotes; sesenta oradores se contaban ya de la Compañía en 1844, y sin embargo no fueron luego bastantes para atender á las instancias del Episcopado y del Clero. Otros hijos del Instituto aparecieron tambien durante este tiempo en los púlpitos de la capital y de todas las ciudades mas importantes de Francia. Ravignan y los dos Deplace, Delfour y Marquet, Humphry y Guyon, Lefebvre y Valgalier, Lartigue y Maillard, Arturo Martin y Bouix, Studer y Ferrand, Chervaux y los dos Valantin, Lavigne y Corail, Soimié y Nampon, los dos Liot y Fantin, Bellefroid y Gaudé, y Bertrand y Leroux resucitaron la elocuencia sagrada, enseñando á los Católicos á bendecir el nombre de la Compañía.

Se habia prohibido la enseñanza á la Orden de Jesús, privándola así de corresponder á la confianza de las familias y de disfrutar de un derecho concedido por la Carta de 1830: ya que no era posible por lo mismo á los Jesuitas formar sábios, se dedicaron á formar cristianos. Los resultados que obtuvieron en su nueva senda no tardaron en despertar la atencion de los restos de la filosofía del siglo XVIII. Habia revolucionarios veteranos que tomaban por lo sério las exageraciones de la prensa liberal, y que por el solo hecho de ver un sacerdote en un discípulo de Loyola, procuraban censurarle ó denigrarle por la sola razon de que era católico. Junto á esos hombres que solo tenian la brutal audacia de la proscripcion, descollaba otra escuela, que traduciendo en apotegmas eclécticos los principios de 1793, envolvía su envidia y sus odios en nubes transparentes que procuraba hacer deslizar en el corazon de la juventud con un fervor y constancia corruptores. Esa escuela, cuyo objeto era principalmente excitar la sed del oro, de los placeres y de los honores, invadía ya todos los poderes: habia tomado á cargo la regeneracion de la humanidad, cuando bajo sus preceptos disolventes iba á parar la humanidad en disolucion, como si fuera un cuerpo gangrenado.

Estos dos sistemas, sin proceder por los mismos medios, aspiraban, no obstante, á un mismo fin; para llegar mas fácilmente á él procuraron apoderarse de la Universidad de Francia. La mayor parte de los profesores que el Estado destinó á la juventud soportaban con disgusto el yugo que les sujetaba, avergonzándose al tratar de comprender las teorías de impiedad ó de indiferencia religiosa que se trataba de inculcárseles, hasta el punto de haber habido mas de una vez algunos universitarios que desenmascararon heroicamente

semejantes maniobras. Pero diseminados en las ciudades de provincia ó sin influencia en París, no tenian, como los antagonistas del Catholicismo, un centro de accion, un lazo comun, una francmasonería filosófica. Así como en los mejores dias de la Restauracion, se veía la Universidad desbordada, por hallarse bajo la férula de un pequeño número de austeros y audaces intrigantes, que á pesar de monsieur Guizot y Mr. de Salvandy, sabian dominar por el temor todos los institutores. Dirigiéndose el abate de Lamennais en 22 de agosto de 1823 al Obispo de Hermópolis, gran maestro á la sazón, denunciaba de este modo los grandes abusos introducidos en los colegios.

«Una raza impía, depravada, revolucionaria, escribia el autor del *Ensayo sobre la indiferencia*, se está formando bajo la influencia de la Universidad. Ya en sus ciegos pensamientos y esperanzas sin nuestras medita esa juventud turbulenta sus planes de trastornos y de rebelion; sabe que el mundo le pertenecerá, y el mundo en época no muy lejana sabrá tambien, si no se opera un feliz cambio, lo que es verse entregado á hombres que desde su infancia han vivido sin ley, sin religion, sin Dios.

«Una especie de regularidad exterior, ó de actos de culto exigidos por los reglamentos, engañan todavia sobre el estado real de las escuelas á algunas personas confiadas que ignoran que aquellos actos irrisorios son tan solo una profanacion de mas. Lo que parece aun mas increíble, y que no obstante es por desgracia demasiado cierto, es que á pesar de las apariencias encargadas, se llega algunas veces á privar á los discípulos hasta de la posibilidad de cumplir con sus deberes religiosos. Así es que el director de un colegio habia reunido el número de niños que debia confesar el capellan en una hora; y habiendo uno de ellos querido terminar su confesion despues de haber espirado el tiempo prefijado, se le arrancó á la fuerza del confesonario por uno de los maestros del establecimiento.

«Monseñor, he leído en el Evangelio que cuando los discípulos de Jesucristo trataron de alejar á los niños que se le presentaban, contestóles Jesucristo indignado: «Dejad á los niños que vengan á mí, no les impidais acercarse, porque de ellos es el reino de Dios.»

«¿No podemos acaso nosotros dirigir á la Universidad las mismas palabras? ¿No podemos acaso decirles: «Dejad á los niños que os están confiados venir á Dios, á Jesucristo, y no les impidais acercarse cerrándoles el camino de la salvacion: no tolereis que se cor-

«rompa con lecciones de impiedad y ejemplos de libertinaje la pureza de su fe y la inocencia de sus costumbres? Se os pedirá una terrible cuenta de esas jóvenes almas que llama Dios á su reino; ¡desgraciado aquel que les prive ó que permita que otro les arrebatase su celestial herencia! por demasiado tiempo se les ha separado ya de su Padre, dejadles venir á él; cesen, al fin, vuestras escuelas de ser los seminarios del ateísmo y el vestibulo del infierno.»

Esos elocuentes arrebatos autorizados por la polémica, pero que no puede admitir sin exámen la imparcialidad de la historia, eran un grito de alarma que resonó en el seno de todas las familias, lanzado por Lamennais en nombre de la Religión y de la patria. Hasta 1840 contentáronse los Jesuitas con gemir en secreto sobre los males, cuyo curso les era imposible alterar: su acción sobre las masas y la confianza del Clero fueron para los tiranos de la Universidad un perpétuo motivo de inquietudes y zozobras. Mostráronse siempre celosos los universitarios de aquellos pobres sacerdotes que sin mas apoyo que su fe se dedicaban con tanta intrepidez á la defensa del Cristianismo y la Iglesia, viendo en su ardiente celo, coronado por tan felices resultados, un ataque á los principios con que procuraban ellos infectar el cuerpo enseñante. Conveniales, pues, avivar por medio de una guerra de palabras las pasiones que se iban calmando y las antiguas animosidades que ya no encontraban eco: á este fin se resolvió levantar una cruzada contra el Clero. La denominación de jesuita conservaba todavía en algunos recuerdos cierto prestigio de temor que se procuró hacer salir nuevamente del sepulcro del olvido en que yacía.

Manifestóse en Mr. Cousin el primer síntoma de aquella conspiración. Había impulsado Mr. Cousin su filosofía hasta las regiones del idealismo, logrando reunir tantos prosélitos por el mero hecho de ser ininteligible: escritor impetuoso y excelente retórico tenía como todos los sofistas una invencible afición á la paradoja. Colocado al frente de la instrucción pública, quiso señalar su paso con una innovación que ponía de manifiesto sus tendencias. Para ello nada halló mas á propósito que introducir en el programa oficial para el bachillerato las dos primeras *Provinciales* de Pascal. Señalar á la juventud una obra condenada por la Iglesia, era arrojar el guante con el mayor descaro al Clero, á la familia y al mismo Estado. No se ocultaban á Mr. Cousin las trascendencias que se podían seguir de

aquel primer paso; pero la Universidad veía minado su monopolio por todas las inteligencias y por todos los hombres de probidad; y solo por medio de la libertad de enseñanza tanto tiempo comprimida por el triunfo del eclecticismo, podía salvarse el monopolio que á toda costa trataban los universitarios de conservar. Conociendo, pues, lo difícil de su posición, trataron como hábiles tácticos de hacerse los universitarios un baluarte con la Compañía de Jesús: procuraban emancipar la familia, y, para mejor lograrlo, evocaron desde luego el fantasma del jesuitismo.

Desde 1830 á 1840, no cesaron los dos cuerpos legislativos, la prensa y los diferentes partidos de ridiculizar los temores de los Dupin, los Portalis y los Montlosier de la Restauración. Todo el mundo confesó entonces que sus temores eran quiméricos; hé aquí lo que decía Mr. Saint-Marc Girardin, uno de los jefes de la Universidad, hablando de los discípulos del Instituto en el congreso de los Diputados: «¡Cómo, señores, podeis temer á esa Sociedad sin cesar perseguida y siempre inmortal! la temeis, y cuando consulto la historia veo que fue vencida en 1763, y vosotros contais hoy con todo lo que nos han legado nuestros padres; teneis además no sé cuántas ediciones de Voltaire en las que se combate tan terriblemente á los Jesuitas, cuyas ediciones habeis hecho esparcir por todo Francia; teneis muchos mas medios que los antiguos Parlamentos; disponeis de la tribuna y de todos los poderes públicos, y estais además unidos y prontos á aplastar con el rigor de las leyes á cuantos se atrevieran á atentar contra las libertades públicas ó á inspirar funestas doctrinas. Y sin embargo de tanto poder procedente de vuestros antecesores, de vosotros mismos, de vuestros inmortales escritores, y de vuestras leyes, á pesar, repito, de todo esto, temblais. Pero no rebajo la civilización del año 89 hasta el punto de creerla capaz de temer á los Jesuitas; al contrario, la creo capaz de aceptar y combatir con éxito la competencia. Por mi parte nunca haré una confesión semejante, por hallarme íntimamente convencido de que nos haria decaer de la opinión que merecemos á la Europa.»

El odio y el desprecio contra la Sociedad de Jesús habían llegado á ser tan generales, que el *Journal des Débats* de 4 de enero de 1839 hacia de ellos públicamente alarde en los siguientes términos: «¿Y

* *Monitor* del 23 de marzo de 1837, pág. 655.

«es verdad que se temen tan seriamente, hoy día, las usurpaciones religiosas y el regreso de la dominacion clerical? ¡Y qué! ¡nosotros que somos discípulos del siglo en que vino Voltaire al mundo, nosotros, repetimos, tememos á los Jesuitas!

«Vivimos en un país en que la libertad de imprenta pone el poder clerical á merced del primer Lutero que sepa escribir, ¿y tememos á los Jesuitas?

«Vivimos en un siglo en que todo lo inunda la incredulidad y el escepticismo, ¿y tememos á los Jesuitas?

«Somos apenas católicos, católicos de nombre, católicos sin fe, sin prácticas, ¿y se nos grita que vamos á caer bajo el yugo de las Congregaciones ultramontanas?

«Aprendamos, pues, á conocernos mejor, y cuando sepamos lo que somos, creerémos mas en la fuerza y virtud de esas libertades de que estamos tan orgullosos de disfrutar. Ya que somos grandes filósofos, creamos al menos en nuestra filosofía: no, no está el peligro donde nos lo señala nuestra exaltada imaginacion. Solo lo-
«grais calumniar el siglo con vuestras alarmas, con vuestros clamores pusilánimes.»

Tal era la situacion de los ánimos en 1839; tal el modo con que la manifestaba el *Journal des Débats*. Con una lujosa profusion de sarcasmos, por lo menos inconvenientes, ostentaba aquel periódico la corrupcion y la indiferencia; inspeccionaba los haces de armas filosóficas depositadas en los arsenales del Estado, de la Universidad y de la prensa contra los hijos de san Ignacio, y sonreía ante los terrores imaginarios que no convenia á sus intereses propagar. No se hallaba muy lejano el día en que en el parasismo de su espanto debia exclamar: «¿Qué importa que los frailes de las calles de Correos y de Sala sean santos, si ocultan en los pliegues de su hábito inocente y candoroso el azote que debe turbar el Estado? ¡Qué nos importan vuestras virtudes, si con ellas nos ocasionais la peste!»

Era en 1839 el santo y seña de la Revolucion inspirar una seguridad perfecta de hacer ver las cosas bajo su verdadero aspecto; en 1840, empero, empezó á creerse que era indispensable dar pábulo á la eterna necesidad de controversia que afligia á la Francia. La Universidad hizo aceptar el Clero y los Jesuitas; los cuales en el breve intervalo de algunos meses se presentaron ya en su concepto

¹ *Journal des Débats* de 10 de marzo de 1845.

amenazadores y terribles. Mr. Cousin, que honraba á expensas de la juventud al autor de las *Provinciales*, inauguró aquella cruzada haciendo glorificar por la Academia al escritor jansenista. Propuso el elogio de Pascal, como tema del premio de elocuencia, por lo que en 15 de mayo de 1842 pudo decir Mr. Lherminier con toda razon en la *Revista de ambos mundos*: «Escribió Pascal las *Provinciales*, y el demonio de la ironía fue desencadenado en el mismo instante contra las cosas santas. Reciben los Jesuitas al parecer todos los golpes; pero no es menos herida la Religion en general con ellos. Pascal preparó el camino, solo falta que se presente Voltaire.»

Voltaire vino en efecto; y el escandaloso infamador de Juana de Arco recibió tambien su ovacion en el seno de la Academia francesa.

Aquel motin universitario, que no habia provocado ninguna reaccion ni ataque, que se lanzaba á la calle para sostener el monopolio de que debia la misma libertad privarle á no tardar, sacó al Episcopado de su reserva acostumbrada. Vivian los Obispos en sus diócesis, léjos de la corte, entregados á sus tareas episcopales; solo procuraban propagar el gérmen cristiano. Segun Mr. Guizot, «la mayoría, la inmensa mayoría del Clero solo pensaba en cumplir su mision religiosa y moral, á la que voluntariamente se dedicaba sin desear en lo mas mínimo ningun acontecimiento que pudiese distraerla de ello.» Pero esta abnegacion no satisfacía las turbulencias y vanidades del retórico; érale preciso empeñar á algunos prelados en la querrela, á fin de adquirir el derecho de confundirles á todos bajo la misma acusacion de connivencia con los Jesuitas. La Universidad, por medio de su pequeño número de arriesgados adeptos del eclecticismo, habia sembrado en todas sus obras las mas desoladoras doctrinas.

Todo, segun ellas, era Dios menos el mismo Dios; todo en sus teorías debia ser verdadero, excepto la verdad. Los mas ardientes partidarios de aquella borrascosa filosofia que creaba la oscuridad á fin de entronizar el escepticismo, invadian todos los poderes del reino, colocándoseles como guías en París, Lyon, Tolosa, Estrasburgo y Burdeos. Si bien era su enseñanza contraria á los intereses de la fe, de la familia y del Estado, dejábales este, sin embargo, obrar, hasta que los Arzobispos de Tolosa y Lyon, y los Obispos de Chartres y Belley, fueron los primeros en emprender la defensa de los principios sociales. Aun aparte de su deber como pastores de almas, tenian como ciudadanos un derecho incontestable en examinar y

juzgar los sistemas que se presentaban por medio del profesorado y de la publicidad. En unos tiempos en que se discute el poder de los Reyes y de los Pontífices, y en que las bases de la autoridad religiosa y civil son cuestionadas como problemas, queria la Universidad arrogarse el privilegio de negarlo todo, de destruirlo todo, y el mayor privilegio aun de condenar al mudismo á los hombres que se oponian á soportar su yugo. Era la agresora, y á la primera palabra que trataba de contestarle, exclamaba que era víctima de la persecucion.

Se era intolerante por el solo hecho de no permitir que algunos miserables pedagogos derramaran á su antojo las negras sombras de la duda. Escudada la Universidad por los periódicos revolucionarios que le servian de campo atrincherado, y haciendo ella misma su propio elogio en sus números, se ofrecia á la necia admiracion del vulgo. Dueños de la prensa liberal por compañerismo ó por unanimidad de sentimientos, organizaban los aguerridos universitarios una opinion pública, y de todos los puntos á la vez dirigian sus fuegos contra el Episcopado. Los Obispos, que junto con los padres de familia reclamaban la libertad de enseñanza, eran tratados como déspotas que tendian á esclavizar el pensamiento humano; y como hallaban un apoyo natural en los periódicos católicos ó independientes, se hicieron los universitarios una arma de la polémica entablada con estos diarios. Correspondieron con invectiva por invectiva empezando desde luego entre ambos partidos la mas cruda guerra; los abogados de la Universidad que pronto se apercibieron de que debia faltarles la victoria, por deber, tarde ó temprano, el sentido público hacer justicia á su complot permanente contrario á los derechos de todos, procuraron personificar entonces sus rencorosas pasiones. En 1842 trajeron á colacion lo de 1827, y presentaron como causa de aquellos acontecimientos el espectro del jesuitismo.

Desde la era de julio habian declarado mil veces que la omnipotencia de los Jesuitas no habia sido para ellos mas que una ingeniosa ficcion, por medio de la cual les habia sido mas fácil atacar el Cristianismo y la monarquía. Pocos meses antes habian afirmado aun que no existia el poder de los Padres, cuando de repente declararon por el contrario que era aquel poder enorme, y ellos los instigadores de todos los desórdenes. Como en 1828, se dispusieron los universitarios á dotar á los hijos de san Ignacio de uno de esos ocultos poderes que con los repetidos gritos de la prensa imposible seria aun

al príncipe mas emprendedor sostener durante veinte y cuatro horas. Procedióse, pues, por los mismos medios, y lo que es mas sorprendente, se obtuvo el mismo resultado. Hasta aquel dia la existencia de los Jesuitas no habia sido un misterio ni para el Gobierno, ni para la Revolucion, ni para la Universidad: Mr. Thiers, que aspiraba á concentrar en su persona esos tres poderes, cuyas anomalías no desalentaban su locuaz ambicion, conocia tambien á fondo aquella existencia cuando se hallaba al frente de los negocios. Entonces no temia cercar á los discípulos del Instituto de una moderacion benévola, hacia justicia á su prudencia, y hasta se atrevia á sonreír en vista del terror que afectaban los enemigos de la Orden.

Pero separado del Ministerio, procuró Thiers reconquistar su popularidad tantas veces comprometida por las medidas que adoptó tan fatales á la libertad como al honor de la Francia. No habia podido matar la prensa con sus ataques, acabó con ella dictándole é imponiéndole su elogio. El periodismo constitucional aceptó aquel tratado, y en cambio de su sacrificio obligó á Mr. Thiers á tomar bajo su proteccion los ataques de la Universidad. Desde aquel dia iban á tener los Jesuitas un enemigo mas, pero un enemigo sin odio ni amor, que circunscribia todas las cuestiones al nivel de su egoismo, y que despues de haber abrazado el partido de los demás, solo lo explotaba en beneficio de su vanidad y orgullo. Era Mr. Thiers depositario de los secretos de un gran número de conciencias; habia negociado y comprado tantas, que habia llegado á hacerse con ellos un instrumento tal de gobierno y de corrupcion, que solo veia la humanidad bajo su peor aspecto. Poseia Mr. Thiers tan admirablemente la estrategia parlamentaria, que ya á primera vista conocia los medios que debia adoptar para hacerse con los Aristides de la tribuna y los Cincinatos de la pluma; así es que creyó que la guerra declarada al Clero y á los Jesuitas podia encumbrarle nuevamente al Ministerio.

No era ni al Episcopado ni á la Compañía de Jesús sino á Guizot á quien pretendia Thiers ser hostil. El publicista protestante, mas concienzudo, mas digno en sus costumbres, en su lenguaje y en sus creencias, se consideraba obligado por el solo hecho de la diferencia de cultos á guardar ciertos miramientos á los pontífices de la Iglesia católica. Religioso por instinto y por razon, no buscaba, como Mr. Thiers, la celebridad en las esquinas de las calles, y repugnábale la sola idea de mezclar su nombre á los excesos que iba á ins-

pirar el mordaz escepticismo de su rival. Amaba Mr. Guizot el poder por lo que era en sí ese mismo poder que se proponía dirigir; por el contrario Mr. Thiers solo veía en él un medio y nunca un fin. Desaprobaba, pues, el uno aquella cruzada sin motivo que solo debía conducir á resultados sin importancia alguna; al paso que el otro se lanzaba á ella impulsado por su insaciable necesidad de movimiento.

Cuando hubo pasado la Universidad revista de sus fuerzas y calculado el número de sus auxiliares, saltó al palenque con la visera descubierta. Presentáronse en 15 de abril de 1842 dos suplentes de la Escuela normal á los Colegios reales de Carlomagno y de Enrique IV, con la esperanza de inocular sus pasiones á los alumnos, dándoles por tema de un discurso francés: «Arnaldo acusando los Jesuitas y defendiendo la Universidad¹.» Llevó el celo demasiado

¹ El tema ofrecido simultáneamente á los dos colegios estaba concebido en los siguientes términos:

«Arnaldo contra los Jesuitas en nombre de la Universidad.

«Había formado Pedro Barrière el proyecto de asesinar á Enrique IV; pero fue detenido en Melun cuando iba á ejecutarlo, y se le condenó á ser descuartizado en 26 de agosto de 1595. Declaró en el cadalso que había sido inducido por los Jesuitas á cometer aquel crimen. Antonio Arnaldo abogado ya el año siguiente siguió una causa ante el Parlamento en nombre de la Universidad, de la que era discípulo, y pidió que fuese la Compañía extrañada del reino.

«El exordio debía versar sobre el nombre de la Compañía de Jesús. ¿Habían cumplido siempre los Jesuitas con los deberes que les imponía este nombre privilegiado? ¿era aquello lo que habían prometido al Santo Padre cuando les confirió el derecho de llevarle?

«No se nota que hayan observado, al menos hasta ahora, los votos de pobreza y de obediencia: al contrario, solo se les ha visto entregados al manejo de intrigas, ambiciones... ¿A quiénes sino á ellos deben imputarse los crímenes de la Liga?

«Pío IV les confió la dirección de los seminarios y algunos colegios; ¿puede haber seguridad en confiarles la juventud si enseñan el asesinato?

«Elogio de la Universidad: garantías que ofrece.

«Sistema abarcador de los Jesuitas. Cuenta su Sociedad cincuenta y seis años de existencia, y hé aquí que son ya confesores de los reyes de Francia y dueños de una parte de la juventud.

«Al poner el puñal en manos de aquel hombre, no ignoraban que iban á comprometer la paz del reino. ¿Qué! ¿pensaban acaso servir á la Religión haciendo asesinar al Rey de Francia?

«Al Parlamento, que es el primer cuerpo del Estado, pertenecía evitar que se diera á la juventud esa enseñanza dudosa, y el que se pongan puñales á disposición de los pueblos; solo el Parlamento puede acabar con ambición tan impía.»

léjos á aquellos jóvenes retóricos, á quienes encargó mas circunspección el ministro Mr. Villemain; pero para dar un ejemplo de agresión parlamentaria, se le vió en 30 de junio de 1842 atacar la Compañía de Jesús: «¡Qué recuerdo mas instructivo es el de hoy, decía á la Academia francesa, y qué polémica mas inteligible es para nosotros la resistencia de tantos combates ilustrados y virtuosos de los que era Pascal el alma y la voz, y sus combates apasionados contra esa Sociedad agitadora é imperiosa que el espíritu de gobierno y el de libertad rechazan igualmente!» De este modo, segun el Ministro de Instrucción pública, el espíritu de libertad procedía por medio de la intolerancia; y á los ojos de la autoridad no adquiría derecho de vida sino rechazando una clase de ciudadanos: esas singulares teorías tuvieron tambien sus adeptos. Fueron aplaudidas con furor; la prensa las comentaba cada día; y desde el momento en que el poder lanzó el grito de alarma, todas las fracciones anticatólicas de la oposición tomaron aquel grito por lo serio. Ante aquella acusación contra los Jesuitas, palideció Mr. Dupin en su silla de fiscal en el tribunal de Casación; Mr. Mignet hizo alarde de sus fuerzas¹ contra «esa Sociedad famosa que no reconoce otro Gobierno que el de Roma, ni otra patria que la cristiandad, y que no sale de su misterioso retiro sino para aparecer dominante entre nosotros.»

Segun decían los mas altos funcionarios, eran los Jesuitas dueños de la situación, se absorbían la Francia, reinaban en lugar de Luis Felipe, gobernaban á pesar de los ministros, y desde el fondo de la calle de Correos dominaban las dos Cámaras. Acusábanles unos de tender á la ruina del trono, mientras que los otros afirmaban que era su intención derribar solamente las instituciones. Esta fue la tesis mas comun; tambien la *Gaceta de Francia* inventó otra nueva: apareciósele los Jesuitas bajo el carácter de los mas firmes apoyos de la soberanía de 1830. Segun aquel periódico, habían prestado los mas grandes servicios á la dinastía de Orleans, á la que estaban dispuestos á defender siempre; añadiendo que ya que no eran los Jesuitas galicanos ni reformistas, les abandonaba la *Gaceta* á la ingratitude de sus antiguos protegidos².

¹ Sesión de la Academia francesa de 8 de diciembre de 1842.

² Léese en la *Gaceta de Francia* de 29 de diciembre de 1844:

«Queda fuera de toda duda que han prestado los Jesuitas eminentes servicios al actual orden de cosas; ellos son los que han defendido su causa en Ro-